



LOS QUE ENCONTRÉ EN EL CAMINO

Por CAMILO GEIS, Pbro.

Entraba en Gerona por «El Portal de Francia»

«Los que encontré en el camino» parece un título de un libro de memorias. Y lo es, con una diferencia: en unas páginas autobiográficas, como son unas memorias, casi siempre se declina en primera persona. Aquí, la tercera persona —singular o plural— pasa a primera fila y la primera persona viene a ocupar un lugar secundario.

«Entraba en Gerona por El Portal de Francia» era el título con que encabezaba esta introducción a unas páginas bio-bibliográficas de hombres de más o menos personalidad con quienes me crucé en el camino, porque, gerundense de extramuros, las primeras paredes que vi en este mundo fueron las de la casa número 87 de Pont Major, barriada de Gerona, que sube a la metrópolis por la carretera que viene de Francia y que va a morir a los pies de las antiguas murallas, donde un día hubo una entrada que era conocida con el pomposo nombre de «Portal de Francia».

No sé si tiene nada que ver mi vocación poética con el año en que nací. Lo digo porque en 1902 moría Jacinto Verdaguer, y este mismo año que lloró ante la tumba de tan gran poeta, tuvo el consuelo de mecer las cunas de otros poetas: Fages de Climent, Octavio Saltor, Rovira y Artigues, Francisco de B. Lladó...

La última «caputxa» del barrio —y me atrevería a decir de Gerona— fue la de mi abuela, «l'àvia Jerònima», «l'àvia» por antonomasia, porque no conocí otra abuela ni ningún abuelo. Esto de «l'àvia Jerònima» no se lo decía únicamente la familia, que se lo decía toda la gente del barrio, por ser la mujer más vieja de la localidad: nonagenaria.

Mis padres, Ramón Geis y Homs y María Parraguera y Martí, humildes y sencillos, educaron de la mejor manera que sus escasas posibilidades se lo permitieron a sus cuatro hijos: Rosa, José, el que suscribe y Narcisa. Una hermana primogénita, Angela, nos había premuerto jovencita. Mi padre moría en Pont Major en 1931, a los 67 años de edad, la vigilia de San Sebastián, de cuyo Santo había sido muchos años «paborde». Mi madre moría en Sabadell en 1950, a los 87 años, la noche de mis Bodas de Plata sacerdotales, celebradas, por especial concesión del Obispo Dr. Moredro, con una misa en su habitación de moribunda.

Entre mis parientes conté con dos tíos de mucha personalidad. Uno, Mosén Juan Geis, que murió siendo párroco en Puigpardinas, de quien recibí mis primeras lecciones de Latín. En su parroquia rural pasé yo muchas de mis vacaciones juveniles. Gran parte de la riqueza de léxico de mi obra literaria la debo a mis largas estancias en aquella comarca montañesa, cuya lengua se conservaba viva en aquellos tiempos. Otro tío de mucha personalidad era Juan Rovira, de Gerona, y padre de Mosén Arturo, párroco de Vilabertrán, que tanto se desveló por la restauración de aquella antigua abadía, vilmente asesinado en la persecución religiosa de 1936. Mi tío Juan Rovira era todo un carácter: prefirió ser un simple encargado de la fábrica de papel «La Aurora» antes que renunciar a sus ideales tradicionalistas, por los que había luchado en la última guerra carlista y en cuyo ejército tenía el grado de comandante al terminar la guerra, a los 22 años de edad.

Mis primeros contactos con la Iglesia fueron a través de Mosén Pedro Rabat, capellán de la feligresía de Pont Major, que en aquellos tiempos aún no era parroquia. «Mossèn Pere» —así era llamado en la feligresía— era conocido fuera de la barriada por «el Capellà del Pont». El día 11 de abril de 1959, en un artículo publicado en *Los Sitios*, titulado «El Pont tiene un pasaje sin nombre» —al cual me remito para no repetirme— esbozaba un retrato de este buen sacerdote sencillo y campechano, gran amigo de los enfermos, que tanto amó a sus feligreses, que cedió la mitad de la casa rectoral para una notable mejora del barrio, consistente en la apertura de un pasaje hacia el río Ter, con el cual no tenía comunicación directa. Este pasaje, aún sin nombre —no me cansaré de repetirlo— pide a voces que le den el nombre de «Mossèn Pere Rabat». Sacerdote todo corazón, era un especialista en el trato de los enfermos. Lo que de él aprendí en este sentido —yo, entonces, monaguillo— no se puede aprender en ningún libro.

Mis primeros contactos con la escuela fueron a través de la «Hermana Dolores». Así, sencillamente, era conocida la Hermana Dolores Morató, religiosa del convento de Hermanas Dominicas de la barriada, maestra de muchas generaciones de párvidos de Pont Major. Sin estudios pedagógicos especiales, los pedagogos habrían podido aprender de ella. A los que, de niños, habíamos pasado por su aula, nos amó durante toda su vida como una madre. Yo había sido su primer discípulo. Murió en el convento de Monistrol, de donde fué Superiora en los últimos años de su vida. Siempre que yendo o viniendo de Montserrat paso por aquel pueblo, tengo un emocionado recuerdo por mi primera maestra, la Hermana Dolores.

Mis primeras impaciencias publicitarias encontraron salida en una pequeña revista de la barriada, de vida efímera. En el barrio de Pont Major todavía hay un café que perpetúa el nombre de dicha revista: «L'Escón». Pocos sabrán, tal vez hoy, en el barrio cómo nació este café y de qué le vino su nombre.

En mis primeros años de carrera eclesiástica —en aquel entonces la mayor parte de seminaristas vivíamos externos— se fundó en Pont Major un periódico que tuvo una vida efímera: 4 números. En este periódico —«L'Escon»— esgrimí yo mis primeras armas literarias. Fue fundado por unos aficionados a las letras, con cuyo cultivo ennoblecían sus ocios. Alma de la revista —que murió de inanición pecuniaria— era José Torrent, contable de la fábrica de licores de Nicolau Regás, antiguo seminarista de vasta cultura literaria. En el **Diario de Gerona** de aquella época encontraríamos poesías suyas de concepción y factura parnasianas, reveladoras de dicha cultura. Yo era el benjamín de la redacción que, para los efectos legales, quedó domiciliada en mi casa paterna, pero cuyas reuniones se tenían en un café que acababa de abrirse y que quedó bautizado en seguida con el nombre de la revista, nombre que aún pervive y cuyo origen desconocen las nuevas generaciones.

Dudo que queden otros ejemplares de dicha revista que los que conservo en mi archivo particular.

Y mis actividades empezaron a desplazarse hacia el centro de la ciudad: idas y venidas del Seminario; frequentaciones de peñas literarias y musicales; participación a concursos y certámenes...

En 1920, la peña juvenil «L'Orgue del Dissabte», llamada así porque en las noches sabatinas tenía sus tertulias, organizó unos Juegos Florales, cuyo Jurado me otorgó la Flor Natural. Presidía el Jurado la poetisa Ana Canalás, profesora entonces de la Normal de Maestras, cuya personali-

dad merece unas notas bio-bibliográficas aparte. Recuerdo que, al subir al estrado a recoger el premio, el Rdo. Dr. José Pou y Batlle, que formaba parte del Jurado, bajó la cabeza. No había para menos: recientemente había salido yo de su aula de Retórica y Poética en el Seminario con la simple calificación de aprobado. Fue reina de la fiesta de los Juegos Florales María dels Àngels Busquets, prima hermana de los contertulios de «L'Orgue del Dissabte», Busquets y Mollera. Recuerdo, entre otros contertulios de esta peña juvenil, también, a los Puig Surós, Boschmonar, Gruartmoner, Xifra Riera, Rodríguez Grahit —autor, más tarde, del libro «L'Estàtua de la Dansarina»— y Martín Batalla, de quien hablaremos más adelante.

Posteriormente surgió otra peña: «Penya Lliure». Era una peña integrada por estudiantes: seminaristas, bachilleres, normalistas... Su nombre se debió a no tener domicilio fijo y al hecho de dedicarse a organizar fiestas artísticas y literarias en diversas localidades de la comarca. El teje-maneje de la peña era el seminarista Martín Batalla, hijo de La Escala. Recuerdo el gran éxito que,



La Plaza del Marqués de Camps uno de los centros neurálgicos presentaba este aspecto tranquilo y sin pretensiones.

gracias a su dinamismo, obtuvieron dos de estas fiestas. Una, los Juegos Florales organizados en Sarriá de Ter —de los que yo fui secretario— en los que sonó por primera vez en la palestra de las Letras el nombre de Mercior Font, juvenísimo poeta de San Andrés de Palomar, que, residente últimamente en París, sintiéndose morir, dispuso que le llevaran a su amada Barcelona, donde acaba de dejar sus despojos mortales. La otra fiesta, que tuvo también un gran éxito, fue la de los Juegos Florales de Caldas de Malavella —donde yo fui poeta premiado—; éxito que se debió, en gran parte, a la intervención directa y eficiente del poeta Mosén Juan M.ª Feixas, entonces Vicario de aquella parroquia, cuya personalidad merece unas notas bio-bibliográficas aparte. El presidente de «Penya Lliure», Martín Batalla, dejó más tarde la carrera eclesiástica y se unió en matrimonio con Magdalena Catá, de Pont Major, que había sido Reina de los Juegos Florales de Sarriá de Ter. Dotado para las Letras, principalmente para el periodismo, colaboró en diversas publicaciones. Murió asesinado en la revolución de 1936.

Mi afición a las Letras encontró también un hogar en el Seminario: fue la Congregación Mariana. Alma de la Congregación era el Dr. Jaime Bordas. Profesor de Derecho Canónico fue, por encima de todo, compañero y amigo de los alumnos y de todos los congregantes. A raíz de su muerte, le dediqué un sentido artículo en «El Gironés», donde yo hacía resaltar, entre otros méritos, su callada labor de formación espiritual y cultural de los congregantes.

Todos los nombres que las primeras décadas del novecientos dieron a las Letras, le son deudores de algo en su primaria ascensión a la notoriedad: Mosén Agustín Burgas, Mosén Luis G. Pla, Mosén Javier Carbó, Mosén Juan María Feixas, Mosén José María Dorca, Mosén Federico Vidal y Pujol, el citado Batalla, Mosén Juan Janoher, Luis Busquets y Mullera... Con estos cuatro últimos, que me eran condiscípulos, tuve, más que amistad, intimidad. He hablado de las cualidades que adornaban a Martín Batalla. Voy a hablar de los otros tres. Vidal era un apasionado por la Filología. Alternaba sus estudios en el Seminario de Gerona con estudios universitarios en Barcelona. Se proponía pasar después a cursar estudios de Filología Románica en Friburgo. Murió en Ordís, su pueblo natal, poco después de haber recibido el Subdiaconado, víctima de fulminante enfermedad, con una serenidad extraordinaria. A sus 25 años, conocía ya varias lenguas antiguas y modernas. Los dísticos que le dediqué en su recordatorio necrológico van incorporados a la edición de mis obras completas.

Janoher era un devorador de libros de toda índole, pero su pasión intelectual era por la Filosofía y la Crítica Literaria. Como Vidal, alternó los estudios eclesiásticos en Gerona con los universitarios en Barcelona. Recientemente ordenado sacerdote, pasó a ser Capellán y Archivero-Bibliotecario del Castillo de Perelada, propiedad de los señores Mateu. Mi poema «L'antic filòsor i el modern poeta», nació de unas conversaciones tenidas con él en Perelada, donde vivía con su madre, que ha sobrevivido para llorarlo, ya que fue asesinado en la revolución de 1936. Había nacido en Cassá de la Selva.

Busquets era un apasionado por la Arqueología. Si yo entiendo algo de ella es, más que por el curso seguido en el Seminario, por lo aprendido de Busquets que, en nuestras andanzas por las viejas calles de Gerona, iba revelándome el secreto de las vetustas piedras. Dejó su ya muy avanzada carrera eclesiástica para unirse en matrimonio con una de sus ex-alumnas de Latín del Colegio de las RR. MM. Escolapias, la buenísima Isabel Dalmau que, si hurtaba a la Iglesia un posible sacerdote, le ha dado otro en la persona de su hijo, Mosén Juan. Fue Archivero de la ciudad, y murió en plena guerra civil, víctima de cuel enfermedad y en medio de los sinsabores de la persecución religiosa que él sentía en el alma. Hijo de una familia levítica de Gerona, tenía una tía religiosa escolapia, la M. Ana, que residió largos años en Sabadell, donde la conocí y en cuya ciudad era muy amada, y un hermano sacerdote, el culto y erudito Mosén Narciso, admirado compañero con cuya amistad sincerísima me honro. Familia de artistas —diría artistas todos— los otros dos hermanos José M. y Jaime —éste notabilísimo pintor y decorador muy estimado hoy en Barcelona— abrieron la Galería de Bells Oficis, de grato recuerdo, primero en un rincón de los bajos de su casa en la Rambla y después en la calle del Progreso, ampliada con una Librería: nido, peña y tertulia de artistas, músicos, literatos, pintores...

Voy a evocar las figuras de mis maestros de Música, que fueron Mosén Miguel Dalmau, don Tomás Mollera y don José Baró.

Mosén Miguel Dalmau fue mi maestro de Solfeo. Habitaba como realquilado en un piso de la Calle de Alemanes. En el segundo piso vivían unos tíos míos —Teresa y Agustín— sin hijos. Yo iba allí a comer, durante el curso, para ahorrarme viajes de Pont Major a la ciudad. Yo no sé otra cosa de Mosén Dalmau que lo que voy a explicar: Viejo ya, vivía retirado en Gerona. En su casa aprendí, por primera vez, a maldecir la Revolución rusa, que acababa de triunfar. Había invertido gran parte de sus ahorros en valores rusos y la revolución se lo había tragado todo. Esto explica que, a su vejez, el pobre tuviera que ponerse a dar lecciones de música. No puedo leer nada que haga referencia a Rusia que no piense en las imprecaciones de mi primer maestro de Música, que salían a colación no pocas veces, antes o después de las lecciones de Solfeo.

Tomás Mollera fue mi profesor de piano y armonio. Era muy conocido y estimado en los medios musicales de Gerona. Excelente pianista, como su padre, al que yo había conocido aún, y tío de los hermanos Busquets y Mollera, buenos amigos míos, anteriormente citados, es por ellos que yo me acerqué al piano de don Tomás. Sus firmes convicciones religiosas no le impedían el decirme, con bonachona sonrisa, cuando yo me presentaba con la lección mal preparada: «Noi, això costa més que la mateixa Teología!» Era un hombre que rebosaba de bondad.

Justo es que evoque también la acusada personalidad de mi primer maestro de Armonía, don José Baró Güell, todavía, gracias a Dios, en plena actividad musical en Gerona. Con él, enton-

ces juvenísimos, empecé, al final de mi carrera eclesiástica, unos estudios que completé más tarde en Barcelona con los maestros Sancho Marraco y Barberá. Su personalidad como músico ejecutante, como director y como compositor, es de todos los gerundenses conocida y admirada.

Voy a evocar, finalmente, dos figuras señeras de la época, con las cuales tuve relación y amistad —aquella amistad reverencial que exige la distancia de los años—, figuras señeras por lo mucho que hicieron en pro de la cultura gerundense: una, en el área civil, y otra, en el ambiente eclesiástico. Hablo de don Agustín Riera y Pau y del canónigo Dr. José Barguñá.

Agustín Riera, médico de cabecera de mi familia en Pont Major, donde tenía su «casa particular», presidente de la Diputación y consejero de la Mancomunidad de Cataluña, que murió vígilmente asesinado en la Revolución de 1936, era, como todos los de su familia, un gran señor. Hombre de vastos conocimientos, fomentó grandemente la cultura desde sus altos cargos. Su biblioteca particular, a la que afluían casi todas las publicaciones catalanas de la época, estuvo siempre



La «tartana» de Puente Mayor atravesaba diariamente el modesto puente sobre el más modesto Galligans.

abierta a mi curiosidad de adolescente. Sus principales colaboradores literarios en las páginas de «El Gironés» fueron Juan Badía, el poeta prematuramente fallecido, que merece unas notas biobibliográficas aparte, y Ramón Xifra y Riera. Al lado del Dr. Agustín Riera y Pau, justo es que evoque la figura de su hermano Mosén Salvador, el culto sacerdote que predicó en mi primera Misa, celebrada en 1925 en la parroquia de Pont Major. Hombre de gran erudición, fue profesor del «Institut de Cultura per a la Dona», de Barcelona y autor de diversos estudios monográficos, entre los cuales recordamos uno de muy notable titulado «Sant Zenó», publicado por el «Foment d'Estudis de la Maresma», de Arenys de Mar, en cuya villa tuvo Mosén Riera muchos años su residencia. Fue también víctima de la Revolución de 1936.

Por último, el Rdo. Dr. José Barguñá. Este culto sacerdote, abierto a todas las inquietudes humanas y a todos los nobles ideales, fue en el ambiente eclesiástico una personal resonancia de las actividades culturales impulsadas por el Dr. Riera y Pau en el área civil. Le encontramos en todas las manifestaciones artísticas y literarias: Certámenes, Juegos Florales, Exposiciones, Fiestas de Hermandad literaria e histórica entre gerundenses y perpiñaneses. Los Obispados de Gerona encontraban en «el Canonge Barguñá» su mejor representante para estas manifestaciones culturales. Muchos seminaristas encontramos en él un eficaz apoyo en nuestras dificultades.

Pongo fin a este artículo, introduciendo a una serie de biografías de personajes notorios de nuestro movimiento cultural que yo conocí y traté: gerundenses y no gerundenses conocidos en Gerona y gerundenses —en el más ancho sentido de la palabra— conocidos fuera de ella.